

ras tímidas, indolentes que se encierran en los *zenanahs* de la India, temblando á la voz ó á la mirada de sus señores, sin ejercer en sus determinaciones ninguna clase de imperio. La mujer birmana, al contrario, ejerce gran influencia. A los encantos de la persona, añade en general la fuerza de voluntad, y ella es quien da realmente carácter á las costumbres del país. Basta la insinuación de un deseo en la mujer de uno de estos jefes, para que el fiero montañés lleve el pillaje y la muerte á gran distancia, y en la misma capital del imperio se han visto guerras desastrosas que no reconocen otra causa.

La sociedad de los tratados religiosos, suministra estos tratados; la sociedad bíblica; da biblias; la sociedad de las misiones envía sus agentes y construye *zayats* (capillas), pero todo esto relativamente á los hombres. Y ¿qué resulta? Un birman, por ejemplo, entra en el *zayat*, escucha, reflexiona, vuelve otra vez, y despues de haber madurado bien sus impresiones, dice un día á su familia: Esta religion es la verdadera; estoy resuelto á adorar desde hoy á Jesucristo, su fundador. Pero apenas ha pronunciado estas palabras, su madre se precipita sobre él y le arranca su mechón de cabellos ó le amenaza con suicidarse; su hermana lo maldice, su querida lo injuria, ó si está casado, su mujer le deja al niño que ama-manta y huye á buscar otro marido. Nosotros los cristianos, conocemos perfectamente las promesas hechas al que por obedecer el evangelio, abandona padres, hermanos, mujeres, hijos; y sin embargo, ¿cuántos hombres de entre nosotros se resolverían á confesar á Jesucristo á precio de tales sacrificios? Muchos birmanes, conmovidos por la predicación, sufrian valerosamente la muerte, antes que renegar de su fe; pero ¿puede imaginarse una prueba mas insufrible que las persecuciones maliciosas de una mujer pagana, entregada á los arrebatos de una cólera sin ningun freno moral?

Entre los birmanes, las mujeres lejos de vivir reclusas como en las demás comarcas del Oriente, frecuentan todos los sitios de reunion, y es evidente que ellas dan el tono en todas partes. Graciosas y astutas, ejercen una especie de fascinación casi irresistible, especialmente en su país; y como esta preponderancia las hace soberanamente altaneras y egoistas, es raro que no tiendan al mal. En las regatas, en los toros, en el juego, en todo tiene la mujer el primer puesto. Se ocupa en negocios, hace el comercio, construye casas, ó á lo menos dirige todas las operaciones de este género. Júzguese ahora del bien que podría hacer esta parte de la población el día en que se ganara su corazón para la causa de la verdad. La mujer puede llamarse *el educador* del birman. Ella es quien enseña al niño todo lo que cree en pun-

to á supersticiones; ella quien lo conduce á llevar todas las tardes en su túnica, arena para las pagodas; ella quien salva largas distancias y sube interminables escaleras para depositar sus ofrendas ante los ídolos; ella quien pisotea el *libro blanco* (el evangelio) y pone la hoja de palma en manos de sus hijos; ella, en fin, como ya se ha dicho, quien mas de una vez ha soplado el fuego de la rebelion y quien con una palabra puede causar la ruina de un imperio.»

Fiestas birmanas.—Audiencia de despedida.—Evasiva de firmar un tratado.—Carta real.—Partida de Amarapura y regreso á Rangun.

A mi vuelta, estaba la capital animada con los preparativos de las fiestas que tienen lugar anualmente á la conclusion de la cuaresma búdica. Preparábanse mil clases de ofrendas; en los arrabales confeccionaban los peltreiros multitud de relicarios fantásticos y enormes linternas con velas de cera de mas de dos pulgadas de espesor. Las ofrendas mas ricas eran paseadas en exhibición por toda la ciudad. Aquí un grupo de devotos trasportaba una gigantesca imitación de hojas de esas palmeras que los *poon-gyis* llevan por quitasol, hecha de papel de vivos colores con cuadernos de hojas de oro; allí otro grupo llevaba en carro un tabernáculo de oropel semejante á los tazeas de los mahometanos shiitas de Mohurum; allá un inmenso dragon de 100 pies lo menos de largo, se ofrecía á la vista muy diestramente fabricado, como que serpeaba, arrastrándose y aun acometiendo á veces á los pasajeros, con una ferocidad muy hábilmente imitada.

Acaso no sea inútil consignar á este propósito que una de las mayores fiestas de los birmanes cae en 12 de abril, fecha que corresponde al último día de su año civil y religioso.

Para lavar las impurezas del pasado y comenzar el año nuevo libres de toda mancilla, la víspera de la fiesta, ó sea el 11 de abril, las mujeres tienen costumbre de echar agua á todos los hombres que se encuentran, y éstos tienen el derecho de corresponderles. Imagínese si esta licencia engendrará zambra y regocijo, especialmente entre las jóvenes, que armadas de largas geringas y frascos la emprenden con todo hombre que ven al alcance de sus armas, recibiendo justamente la recíproca. Pero está prohibido, eso sí, emplear agua sucia, y no hay una persona, hombre ó muchacho, que tenga derecho para poner las manos en una mujer. Si una mujer rehusa tomar parte en el comun alborozo, no debe ser molestada, suponiendo tener por escusa enfermedad.

No he pasado este aniversario en tierra de Ava; pero puedo hablar de él por testimonio de dos ingle-

ses que fueron despues de nosotros á Amarapura, invitados por uno de los *woons* á participar entre ellos del divertimento nacional.

A su entrada en casa del alto y poderoso funcionario (antiguo amigo nuestro) los dos viajeros recibieron dos botellas de agua de rosa, de la cual derramaron parte en las manos de su huésped, quien la derramó á la vez en sus vestidos de finísima muselina de espuma. El ama de la casa apareció entonces en la puerta haciendo comprender que no podía alternar en el juego; pero á su invitación, su hija mayor, niña encantadora aun en brazos de su nodriza, tomó de una copa de oro un poco de agua de rosa mezclada con palo de sándalo, y roció graciosamente con ella á su padre y los huéspedes. Esta fue la señal y el juego comenzó: los extranjeros se habian preparado vistiendo completamente de blanco.

Muy luego se precipitaron en los aposentos interiores á la sala unas quince jóvenes, y rodeando al *woon* y á los dos huéspedes, los inundaron sin piedad. Lo mismo sucedía en la parte de afuera. Por fin, cansados y empapados todos los bromistas se retiraron á mudar de ropa.

Una hora despues, nuestros compatriotas volvieron casa del *woon*, donde fueron obsequiados con un baile y un espectáculo de polichinelas, fiesta que se prolongó hasta el amanecer. El año nuevo quedaba inaugurado.

Nosotros tocábamos ya al término fijado en Calcuta para el regreso de nuestra misión. El mayor Phayre, comprendiendo que toda insistencia para obtener del rey la ratificación del famoso tratado era ya superflua, solicitó la audiencia de despedida que fue señalada para el 21 de octubre.

Los *suwars* de la caballería irregular y la mitad de los europeos nos escoltaron hasta el palacio para ver al elefante blanco; la música nos acompañó tambien para satisfacer los deseos del rey que queria oírlos. La recepción tuvo lugar en el mismo sitio y con las mismas circunstancias que antes: las alméas del rey giraban en la *mye-nan* y las bellas músicas con sus mitras puestas y sus abigarradas túnicas tocaban sus instrumentos en los verandahs. Al cabo de veinte minutos entró el rey y se recostó en un sofá. Vestía un simple *tsalwé* de veinte y cuatro hileras segun la manera acostumbrada. Despues de una breve pausa de silencio, preguntó al embajador:

—¿Cuándo partís?

—Pasado mañana, señor, contestó éste.

—¿En cuántos días bajareis el río?

—Podríamos hacer el trayecto en tres días; pero deseo detenerme en Pagan y otros puntos.

—Que nada falte á su bienestar, previno el rey al *atwen woon*, quien contestó que llevaría sobre su cabeza las órdenes de S. M.

—¿Habeis leído, siguió preguntando el rey al embajador, los libros y tratados de religion que os he enviado?

—He ojeado el *Maha-radza-weug*, Sir; pero no he tenido lugar de estudiarlo.

—Estudiadlo, pues, y sacareis fruto.

—Así lo haré, Sir.

—¿Cómo está vuestro séquito?

—Bien, señor.

—Creo que nada os ha faltado desde vuestra llegada.

—Nada, gracias á V. M.

—Si quereis alguna cosa, decidlo al *woonduk*, y él cuidará de satisfaceros.

En seguida presentó el embajador á algunos de los nuestros que debían quedar en las inmediaciones de Birmania como inspectores ó comandantes de las fronteras, y el rey con su sencillo modo y á la vez sentencioso que le era propio, y debió poseer sin duda el buen rey Roberto en Francia y Eduardo el Confesor en Inglaterra, declaró al mayor Phayre que estaba muy satisfecho de la elección que el gobernador general habia hecho de aquellos señores «porque, añadió con aire de sabiduría, en las fronteras, deberían ponerse siempre hombres juiciosos y moderados. Es fácil enfadarse y difícil remediar el mal. El odio puede nacer de una sola palabra, y sin embargo, con la prudencia pueden evitarse las querellas. Fácil es aliarse en amistad, pero es difícil perseverar en ella mucho tiempo. Todos nuestros cuidados tenderán á este objeto.»

El embajador protestó de sus buenos deseos y el rey añadió:

—Puesto que los dos Estados no hacen mas que uno, si alguno quisiera venir de los países ingleses, ¿sería libre de hacerlo?

—Ciertamente, Sir, contestó el embajador.

—Si podeis procurarme algunas de las reliquias búdicas que hay en la India, como tambien las urnas originales que los contienen, escribidme para informarme: son objetos que nosotros veneramos.

—Haré, señor, todo lo posible por satisfacer los deseos de V. M.

—Que todo esté dispuesto para el viaje, dijo el rey á Camaratta. Y añadió dirigiéndose al embajador: ¿Deseais decirme alguna otra cosa?

—Solamente dar las gracias á V. M., contestó éste, por las bondades que se ha dignado dispensarnos.

—La gratitud, añadió el rey, honra á los hombres, y los que la olvidan son seres envilecidos para los birmanes. Ahora la capital está llena de barro, en el verano el calor es sofocante; el invierno es la mejor estación para venir. Considero á los miembros de la embajada como nobles de mi reino, y si alguna vez vuelven, aun sin el mayor Phayre, tendré mu-



cho gusto en recibirlos en mi palacio. El kala-woon os acompañará hasta la frontera y espero que Allan, el comandante de Prome y él serán amigos.

En este momento, habiendo traído al palacio monsieur Grant, nuestro fotógrafo, una reproducción del elefante blanco, uno de los atwen-woon, la remitió al rey, quien la miró con cuidado y dijo: Es un grabado. Y cuando se le afirmó lo contrario, exclamó: ¡Ah! los extranjeros dibujan verdaderos retratos; nuestros artistas solo dibujan para agradar. Que traigan el retrato del elefante blanco.

En efecto trajeron el dibujo del artista birman que fue ofrecido al embajador de parte del rey: éste levantándose entonces bruscamente de su sofá, desapareció al través de las largas columnatas por las puertas doradas. Esta fue la última vez que lo vimos.

S. M. nos pareció escitado, disgustado durante la entrevista, mostrando poco de su vivacidad característica. Constantemente ocupado en llenar su boca de *pán*, que muy luego tiraba, Mendun-Men hacia encender su cigarro que dejaba apagar para encenderlo de nuevo. Antes de nuestra salida de palacio, nos dijo por medio de Camaratta, que le dolía de la cabeza, lo que nos explicó su repentina salida.

Después de ésta, quedamos hablando con los atwen-woons y tomamos algunos refrescos. Estos personajes eran muy políticos asegurándonos que estaban pesados por nuestra partida, lo que no era por parte de ellos un vano cumplimento, sino un sentimiento real.

El 21 de octubre, los cuatro wongys vinieron a almorzar con nosotros y a despedirnos. Recapitularemos aquí sus nombres: el primero era el viejo Magwe-Mengyi, cuya fisonomía se asemejaba a la de los Médicis; el segundo el Mein-lung-mengyi, viejo corpulento, jovial y franco. El tercero el pabewon ó jefe de artillería, conocido bajo el nombre de Myadung-mengyi, era delgado, pintado de viruelas, fino y de buenas maneras; éste nos abrumaba a preguntas sobre nuestra artillería. El último, el pakan-woongyi era el más joven de las cuatro columnas del Estado; de aspecto bilioso, de grandes ojos negros, de maneras frías y compasadas, había sido sacerdote hasta que el rey lo llamó a la corte.

Los cuatro permanecieron con nosotros hasta el medio día y se mostraron en general muy amables. Los tres woongys de más edad estuvieron como siempre, complacientes y de buen humor; el viejo señor de Mein-lung se interesaba mucho al parecer por el progreso de la guerra de Crimea y aun pidió permiso para escribir mis respuestas a sus preguntas. Todas ellas se referían a la distancia de Inglaterra a Sebastopol, a San Petersburgo, y de estas ciudades a las Indias; al número de barcos de guerra, al de los hombres y cañones empleados de una y otra

parte. Un tsa-ye-gyi ó secretario, se apresuraba a escribir mis respuestas en su negra agenda con lápiz de greda, cuando nos anunciaron el almuerzo.

El jefe de artillería, por su parte, quería saber sobre todo por qué la guerra era tan prolongada y por qué la hacíamos. Yo me esforcé en explicarle que la potencia de la Rusia se extendía demasiado y amenazaba la tranquilidad de Europa; y esta explicación produjo una explosión de risas, sin duda por la explicación que ellos a su manera hicieron.

Entre tanto el Magwe-mengyi tuvo una conferencia particular con el mayor Phayre, relativamente a la política de las fronteras.

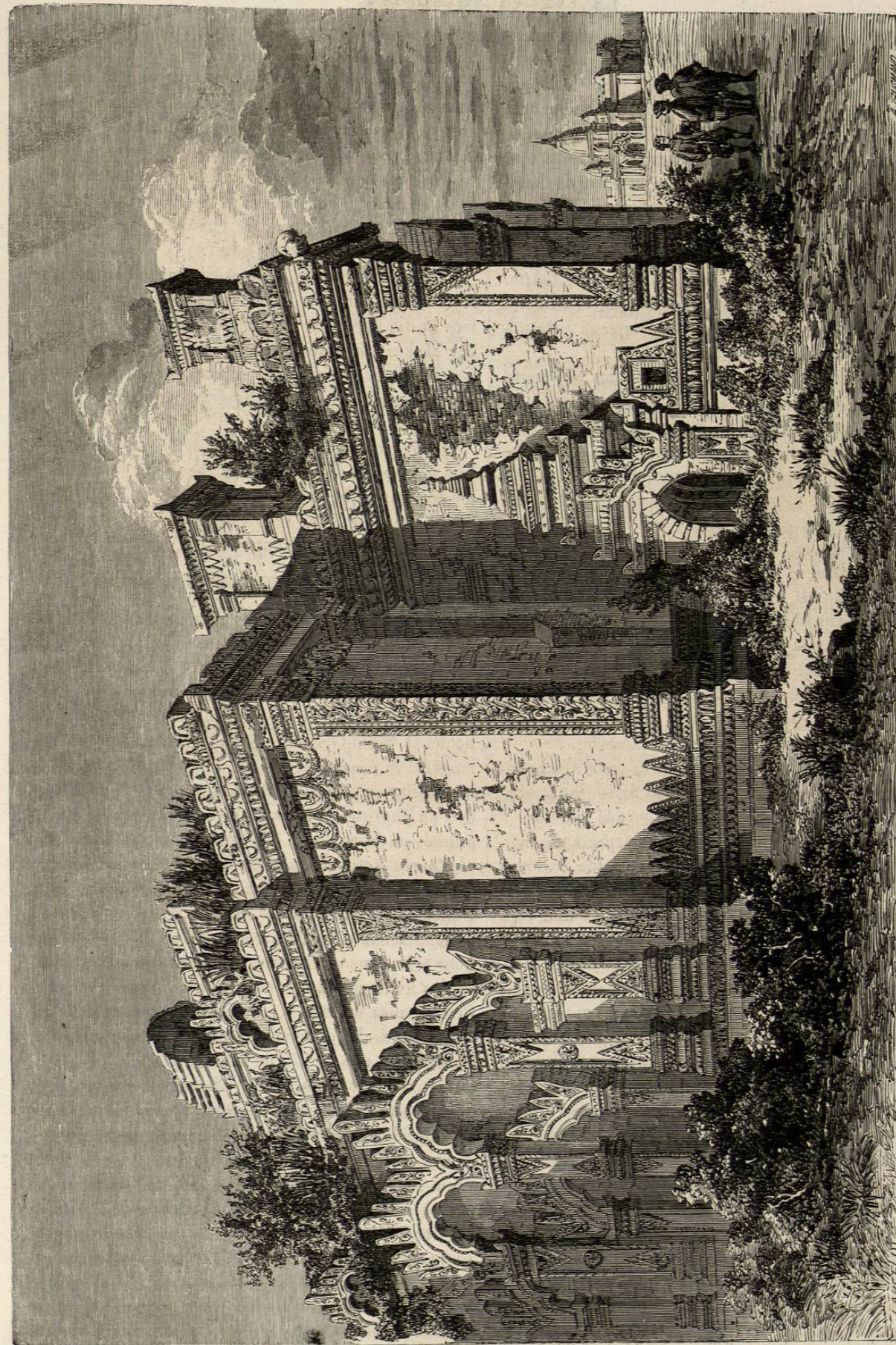
Retiráronse al fin prometiéndonos enviar dentro de poco la carta real, que en verdad no esperábamos nosotros. Ya estaban a bordo todos nuestros efectos y esperamos hasta la puesta del sol, sin ver llegar aquella misiva. Entonces el embajador juzgó ya innecesario diferir por más tiempo la partida.

El regimiento birman, de guardia en la embajada y que lleva el nombre de *Leyta-gyung*, formó para escoltarnos, pero aun no habíamos llegado al lago, cuando se nos anunció la venida de una especie de procesión encargada de la carta régia: hicimos alto entonces; pero antes de que llegara, se había ya puesto el sol.

La cabeza del cortejo se componía de hombres vestidos con los más fantásticos trajes de guerra, de algunos infantes y de la música. Un nakhangyi montado en un elefante caparazonado con un howah dorado y dos grandes escudos de oro, traía la real carta protegida por ocho sombrillas doradas.

Como la noche avanzaba y teníamos que hacer muchas millas, propuso el embajador embarcar la carta en la chalupa de la *Zenobia* y seguirla en las canoas de los steamers que se hallaban en el lago. Aceptóse la medida y el woonduk tomó el precioso documento de las manos del viejo nakhangyi y la puso en las del embajador, diciéndole: «Esta es la carta de S. M. al gobernador de los ingleses.» El embajador la recibió y la pasó al secretario, quien la depositó en un azafate dorado llevándola a bordo de la chalupa donde se enarboló al instante el pabellón de la Compañía de las Indias.

El sobre de la carta, de extraña apariencia, consistía en dos tubos de marfil de 15 pulgadas de longitud, envueltos en un forro de terciopelo escarlata sobrecargado de sellos que representaban el pavo real y el palacio sagrado. El embajador remitió la apertura al momento en que saliéramos de la frontera y entonces vimos que el rey había evitado toda alusión al tratado que se le presentara a la firma, bien que el mayor Phayre esperara, en virtud de una conferencia confidencial con el Magwe-woongyi, algunas explicaciones a este propósito.



Ruinas del templo de Pagan.



El 22 de octubre levamos anclas en el fondeadero en donde habíamos estado tanto tiempo y nuestra flotilla comenzó á bajar el río. El padre Abbona, Mr. Camaretta, Spears, el viejo armenio Makerlich, el woonduk y el nanmado Phra-Woon se empeñaron en acompañarnos hasta nuestra primera estación, á donde también nos acompañó el myo-woon de Amarpura por orden expresa de su soberano. El buen viejo nanmado, sentado en nuestro puente, no cesaba de contar las cuentas de ámbar de su rosario repitiendo con ahogada voz: ¡*Aneitya!* ¡*Dokha!* ¡*Anatta!* palabras de la lengua *pali*, que espresan el carácter limitado, transitorio de la felicidad terrena y la nada de las afecciones humanas.

Una docena de barcos de guerra nos acompañó también hasta ponerse el sol, momento solemne en que echamos el ancla para despedirnos de nuestros amigos, cuyas palabras nos conmovieron profundamente. El viejo woon se enjugó los ojos con los paños de su *pulso* y nos declaró que su mujer no quedaba menos triste por la partida del mayor Phayre. Todos los días, añadió, rogaré á Dios por el mayor, por el gobernador general, por vuestro soberano y por todos vosotros, en fin; pidiendo á su bondad todopoderosa que os libre de las enfermedades, de los demonios y de todas las desgracias posibles. Antes de salir de la ciudad esta mañana con vosotros, he hecho ya esta oración. Cuando vuelva á ella, el rey y la reina me preguntarán, según costumbre, lo que habeis dicho y pensado. ¿Qué les responderé?

—Que no podemos estar mas reconocidos á la benevolencia con que SS. MM. nos han distinguido, durante la permanencia de la misión en sus Estados.

Tal fue la respuesta del mayor interpretando fielmente nuestros sentimientos. En seguida levamos ancla y continuamos nuestro viaje, no sin que el woonduk nos hiciera aceptar á cada uno una caja enorme de confituras birmanas.

La baja de las aguas habia dado al país que atravesábamos un aspecto enteramente nuevo. Estensas islas y altos bancos de arena se veían en parajes, donde en la época de nuestro arribo, no habíamos visto mas que árboles medio sumergidos y casas inundadas. El canal del río estaba, sin embargo, mucho mejor definido y el paisaje en una y otra orilla mas fresco, mas verdeante y frecuentado.

El 23 por la mañana nos encontramos ante las ruinas de Pagán y empleamos el día en visitar primero una manufactura de laca, principal industria de este distrito, y despues en ver detenidamente la gran pagoda de Shwe-Zergug que se alza no lejos de aquel establecimiento.

Shwe-Zergug es uno de los templos mas célebres de la comarca. Todo birman está obligado á visitarlo en peregrinación una vez á lo menos en su vida. Se-

gun el coronel Burmy, fue comenzado por Noratha Men-zan XXXXII, rey del Pagán, hácia el año de 1064 de nuestra era, y concluido por uno de sus generales, que subió al trono despues de su hijo. Guárdase aquí en una caja un *fac-simil* de un diente de Gautama; diente que el rey mandó á buscar á China con un gran ejército. La santa reliquia, verdadero diente de elefante, eludiendo la invitación, quiso permanecer en China, y el rey de Pagán se tuvo que contentar con el milagroso *fac-simil*.

Despues de nuestra visita á este sagrado lugar que Karl Ritter llama la Tebaida birmana, nos detuvimos el día siguiente en Menhla, casa del gobernador Makertish, que habia preparado para obsequiarnos una fiesta en que no figuraban menos de noventa y cinco graciosas jóvenes divididas en dos cuerpos de baile y canto.

El 27 al medio día pasamos por delante de los pilares que señalan las fronteras de la Birmania británica y del territorio que las guerras de 1824 y 1852 dejaron al reino de Ava. Tres días despues, el 30 de octubre entrábamos en Rangun.

Ojeada retrospectiva sobre la Birmania.

Ptolomeo parece ser el primer geógrafo del Occidente que haya hablado de una manera precisa de las comarcas regadas por el Irawady. Su *Chersoneso de oro* no puede buscarse en otra parte que en la salida que forma el delta del gran río, y como lo ha hecho el sabio Gosselin, se debe identificar con Tennasserin la ciudad de *Thina* del geógrafo Alejandro, hallar su *Tugma metrópolis* en la venerable ciudad de Tagung, y *Tarra*, ciudad central de Chersoneso, en la moderna Tharawady, ó mas bien acaso en Tharra-ketharra, uno de los antiguos nombres de Prome. Al Oriente en los confines de *Sina*, sitúa Ptolomeo las tribus de los kakobæ y de los kadopæ, denominaciones que difieren poco de las de los kakos y kaduns que se dan á sí mismos en sus dialectos los kahiens y los karens de hoy. Véase que es difícil ser mas exactos y estar mejor informados sobre las regiones del extremo Oriente, que lo estaba Ptolomeo hácia el año 175 de nuestra era.

En cuanto al nombre de Chersoneso de oro, bajo cuyo nombre los designaba á sus contemporáneos, se ha referido su origen á la profusión de metal precioso que habia en los edificios religiosos de esta parte de la Indo-China; pero es mas probable que se refiera á las riquezas mineralógicas del país; porque la doradura de los templos y aun la arquitectura religiosa, fueron introducidas allí con las doctrinas búdicas á principios del siglo V y no antes.

De Ptolomeo hay que descender hasta Marco Polo para hallar en un autor europeo una mención precisa de estas mismas regiones. El viajero veneciano cita á

Pagán bajo la denominación china: *Mien*, grande y noble ciudad capital del reino. Poco despues del paso de Marco Polo, el valle de Irawady sufrió el yugo de un destacamento de la gran invasión mongólica; y cuando á favor de las discordias intestinas que rompieron la unidad del imperio fundado por los hijos de Gengis, los indo-chinos sacudieron el yugo, aparece por la primera vez en la historia el nombre de Ava.

Hácia el año 1500, el territorio birman no se extendía á mas de 40 leguas en derredor de esta metrópoli; ochenta años despues, fue comprendido enteramente á título de vasallaje en los límites del imperio del Pegú, que abarca toda la Indo-China, desde el golfo de Bengala hasta las orillas del Cambodje. Dos siglos de revueltas y guerras, en las cuales tomaron parte aventureros europeos, nacieron de aquel estado de cosas; hasta que en 1750 los peguanos, despues de sitiarse á Ava y destruirla, pusieron fin á su dinastía nacional en que se contaba una serie de treinta y nueve reyes.

Sábese que el año siguiente, un birman de baja extracción, es decir, shan ó karen de origen, comenzó de nuevo la guerra de la independencia al frente de un puñado de hombres inmortalizando su nombre de *Alompra* con la expulsión de los extranjeros y la restauración de la Birmania en unos límites y poder que jamás habia tenido.

La supremacía de este nuevo imperio sobre los otros Estados de la Indo-China, no se sostuvo mucho

tiempo despues de la muerte de su fundador, ocurrida en 1760. Desde 1786, los siameses hicieron sufrir muchos reveses al cuarto hijo y sucesor del gran Alompra. Luego, en el siglo actual, nacieron entre los gobiernos de Amarpura y de Calcuta, ciertas disensiones que ya en 1824 se traducían en abiertas hostilidades. Dos años mas tarde se concluyó la guerra bajo los muros de la sitiada capital birmana, por la cesión de las provincias de Assam, Aracan, Tavé y Merghi á los ingleses. ¡La mitad del Imperio!

Pasaron veinte años: una inconsiderada violación de aquel tratado por parte del octavo sucesor de Alompra, ocasionó su destronamiento, precedido de la anexión de todo el Pegú al territorio británico, y desde entonces las fronteras Sur de la Birmania no bajan de los 19°, 30' latitud.

El rey actual de este arruinado país, el ex-príncipe de Mengun, á quien los ingleses proclaman como *el mas respetable descendiente* de Alompra, no tiene fuerza para reconstituir la obra de su glorioso abuelo. La Birmania hizo ya su papel histórico, y rueda por la rápida pendiente en que se precipitan ya las instituciones, las costumbres, los hombres y las cosas del antiguo Oriente. Existen aun esas viejas sociedades, que tienen por base la esclavitud de las muchedumbres y por coronamiento la deificación de un déspota *hijo del cielo, ó descendiente del sol*, como existen esos gigantescos ídolos búdicos, impuestos á la adoración con sus revestimientos de oropel con que se cubren sus ya irreparables deterioros.